

El oro y la risa

Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Elena Medel, César Augusto Ayuso, Martín López Vega, Carlos F. Aganzo y Mercedes Carrión Masip, copresidido por Ángeles Armisén, Presidenta de la Diputación de Palencia, y Luis Calderón, Alcalde de Paredes de Nava, adjudicó a *El oro y la risa*, escrito por Alejandro Martín Navarro, el Premio Internacional de Poesía Jorge Manrique, en su segunda edición, organizado por la Diputación de Palencia en colaboración con el Ayuntamiento de Paredes de Nava.

C Á L A M O
A J S O P

#23#

Alejandro Martín Navarro

El oro y la risa

II PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA JORGE MANRIQUE



*Para Carmen, Isabel y Ana,
risa y oro centelleando sobre la tierra.*

CÁLAMO POESÍA
Colección dirigida por
César Augusto Ayuso

© Alejandro Martín Navarro, 2018
© Ediciones Cálamo, 2018

ISBN: 978-84-16742-14-1
Dep. Legal: P-397/2018

Printed in Spain - Impreso en España
Imprime Gráficas Zamart (Palencia)

Edita: Ediciones Cálamo, S.L.
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50
contacto@edicionescalamo.es
www.edicionescalamo.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pero el oro y la risa los saca del corazón
de la tierra. Pues has de saberlo: el cora-
zón de la tierra está hecho de oro.

NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

I. ARQUEOLOGÍAS

CONTEMPLACIÓN

He abierto la ventana que mira a las marismas
y he dejado que el viento
recoja las cenizas de una noche de insomnio,
mientras la luz de otoño se deshace
en los prismas de un cielo que crepita.

En esa misma altura, también, mi cuerpo frío
gravita como un átomo en silencio,
en las altas esferas de un mundo que no existe.

Allí una enorme estrella de luz parte los cielos
y derrama las cosas sobre un manto infinito.
Camino hacia ese estruendo milenario,
ese golpe que mueve las galaxias,
donde todo comienza.

Allí somos dos niños que juegan en los charcos
y que esculpen estatuas de bronce con sus besos
junto a los altos árboles y las enredaderas.
El amor es el ave milenaria
que mueve las mareas del cosmos desde dentro
para formar galaxias, y nosotros,
arena que se arrastra en su regazo,
iluminada a veces por la luz pasajera.

Abrazado a tu cuerpo,
en ese mundo que brilló un instante,
escuché las montañas temblando como escarcha.
No anocheció esa tarde.
No abandoné la tierra rodeada de zarzas
ni supe de otro olor que no fuera el olivo.
Nunca nos levantamos para seguir al tiempo
en su loca carrera que, al empezar, termina.

Aún mi cuerpo, junto al tuyo, yace
bajo la luz naranja de las últimas horas,
cubierta por el trino de los pájaros
que aguantan la caída de la tarde.

Allí tan solo soy el que contempla.
Miro la luz del mundo que en tu piel se consume.
No soy más que un espejo
abierto a los reflejos de los soles,
al juego de las luces sobre las amapolas,
un cuenco en el que caen, gota a gota,
los siglos, las edades y los mundos.

Soy los ojos del tiempo que se mira a sí mismo,
el oído que escucha
la plegaria de todos los seres de la tierra
y soy el corazón que late en sus adentros.

Todas las cosas vibran y susurran
un viento, una canción, porque en el otro lado

del tiempo las escucha la eternidad con ojos
de niña silenciosa.

Se encendieron y arden y arderán ya por siempre,
en la estancia del tiempo aquel,
los cirios de una luz como de otoño,
mientras se abrazan
nuestros cuerpos abiertos, como lirios del campo,
como bocas de pájaros
cantando una liturgia secreta en la mañana.

LA ESPERA

Hoy he cumplido treinta y siete años.
La ciudad sigue, como siempre, llena
de parejas besándose, de jóvenes
sentados en los bancos, contemplándose
como un sol se contempla en el océano.
Desde mi habitación, el mundo gira
en torno a un centro misterioso y mudo.
Sobre mi estantería tengo los pocos libros
que escribí, una medalla de cuando niño, fotos
y una estatua de bronce.
Afuera, en el jardín, como hace treinta años
las finísimas hojas del paraíso cubren
de amarillo el parterre y los olivos tiemblan
bajo el primer rocío de noviembre.

Nada ha cambiado y sin embargo el rostro
que veo en los espejos me parece
como un borrón de tinta sobre una hoja en blanco.
Es el mismo borrón que en mi memoria
tapa el rostro lejano de una chica
que vino y se marchó
hacia la orilla estéril de este mundo.
Jamás puso sus ojos en los míos.
Nunca aquel resplandor

iluminó el temor de mis pupilas,
las cerró con su golpe de estrellas incendiadas.

Por eso vuelvo siempre al mismo centro,
a ese mismo puñado de tierra del pasado
donde todo comienza.

Allí donde los árboles crecen abriendo surcos
bajo el manto invisible de la luz.

Hoy he cumplido treinta y siete años:
no tengo casa, ni mujer, ni sueños,
y aún me sobran mi credo y la memoria
para llegar desnudo al último crepúsculo
en que todo se apague,
en el último aliento de la tierra.

EL MUNDO PERDIDO

Hace sesenta años,
por los fríos pasillos de un pequeño colegio de Melilla
un niño corre hacia su casa.
En su cuarto ha escondido un pajarillo
que encontró bajo un árbol.
Vive junto al colegio, en la pequeña casa
reservada a sus padres, dos maestros de Málaga,
y corre por la Cuesta de la Alcazaba. Lleva
el gorrión posado sobre su hombro. Entonces
este levanta el vuelo y su aleteo
se pierde entre la luz y la sal para siempre.
Ese niño es mi padre.
Pasa el tiempo y su mano serena me conduce
por las tierras reseca de los campos del sur.
Están los olivares como un mar
de polvo y de gorriones,
y el sol excava grietas en la tierra.
Yo lo observo con ojos admirados
mientras me dice “niño,
acércame la cuerda. Olvidé las puntillas.
Vete a casa a buscarlas”. Yo me lanzo
veloz hacia la casa blanca, soy muy feliz
atravesando el aire. Me imagino

la casita del árbol terminada
y a mí dentro, mis libros, mis amigos.
Pero esto no ocurrió. Nunca hicimos la casa sobre el árbol,
nunca cogimos juntos un arroyo
ni nos llovió ante el mar toda la dicha.
Ahora camino solo,
y qué lentos mis pasos
hundiéndose en el barro del desasosiego.
Porque el tiempo me quema como un ascua en la boca.
Atravieso despacio el olivar
y sigo caminando a través de la niebla de la noche.
Pasan los años igual que una tormenta
sobre los campos del verano antiguo,
y estoy de pronto aquí.
Me detengo y observo las líneas de mis manos.
No soy un niño ya. ¿Qué soy? ¿Quién coge
mi mano y me conduce por las calles?
Mas levanto los ojos
y la mañana me alza más alto que su luz
y un camino de siglos me conduce
frente a la puerta de una casa.
La abro y huele a antiguo.
Reconozco el aroma. Está encendida
la lumbre del hogar.
Mi madre, al verme, se levanta
y me besa y sonrío. “Sal afuera.”
Junto al olivo espera un hombre.
Alzan el vuelo pájaros sobre el verde y el oro de los árboles.
Él toma una herramienta y me sonrío,

me besa las mejillas,
y la voz fuerte de mi padre dice:
“Antes de que la noche nos alcance,
levantaré tu casa con mis manos”.